

José Miguel Ortí Bordás, *Desafección, posdemocracia, antipolítica* (Encuentro, Madrid, 2015)

Juan Pablo Serra

Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)
j.serra.prof@ufv.es

Para todos aquellos que siguen con cierto interés la actualidad política en su vertiente más intelectual, un libro como este constituye, sin duda, un reclamo justificado, pues los tres términos amalgamados en su título aluden a fenómenos de los que se habla desde hace tiempo en la academia y en los medios. Y, además, en un sentido cronológico más o menos consecutivo, pese a algunas coincidencias en el tiempo de las obras que así los identificaron. La primera vez que recuerdo haber encontrado una mención explícita acerca de la desafección fue en un texto académico de Ramón Cotarelo de 2006, esto es, publicado sólo dos años después del famoso *Post-Democracy* de Colin Crouch. Sin embargo, esta experiencia dice más acerca de la limitada especialización de quien esto firma pues, tras leer el primer capítulo del libro que nos ocupa, descubro con agrado que Mariano Torcal viene estudiando las causas de la desafección desde hace más tiempo y casi siempre en la órbita del análisis de las actitudes políticas y las conductas que reflejan la confianza ciudadana en los gobiernos y las instituciones, que es el enfoque desde el que Torcal suele trabajar junto con José Ramón Montero hace décadas.

En realidad, politólogos y sociólogos llevan observando el fenómeno de la desafección desde los años 70 del siglo XX, aunque no siempre bajo ese rótulo, sino más bien a partir de la crisis de confianza

generada entonces en el seno de los sistemas comunistas y las distintas dictaduras latinoamericanas. Aún así, se trata de un lugar idóneo para empezar a trazar el retrato de la actualidad política que Ortí Bordás pretende en esta obra. No sólo porque “el presente siglo puede ser el siglo de la desafección” (p. 9), como arranca el libro. Tampoco porque la desafección política apunte a un déficit de legitimación, esto es, a una ausencia de justificación generalmente compartida acerca del poder y de su ejercicio (p. 16). Si resulta oportuna la contemplación del presente desde la desafección es, principalmente, porque se trata de una actitud indicadora de una manera de pensar y de vivir muy propia de nuestra época posmoderna y de las deslegitimaciones que le son propias, ya se trate de la ciencia (y su racionalidad), del arte (y su consuelo), de los discursos sobre los valores (y su bondad) y, por supuesto, del andamiaje institucional que configura todo paisaje sociopolítico. De hecho, este enfoque *epocal* de la desafección quizá revela mejor que otros lugares —como la *identity politics*— la traducción política de la mentalidad posmoderna. Seguramente porque la desafección incide en un estrato psicológico más amplio, que no sólo incluye al sujeto en busca de identidad o reconocimiento sino al conjunto de la sociedad, hoy paralizada no por falta de medios sino por una certidumbre nacida en la persona concreta que hoy está firmemente convencida “de que nada, absolutamente nada, puede hacer para superar el negativo estado de cosas con el que, en su opinión, políticamente se encuentra” (p. 27).

En democracia, esta impotencia política tendría que ser un sinsentido, ya que la democracia debería aparecer siempre “ante los ciudadanos como un auténtico

horizonte de oportunidades” (p. 28). Es cierto que, aunque el desafecto pueda ser crítico con la política y con los mecanismos de representación democrática y muestre un total desinterés por la escena pública, en cambio no cuestiona la bondad de la democracia, seguramente porque la mayoría de ciudadanos acepta —y, con ello, legitima tácitamente— lo que les viene dado. Para muchos intelectuales y prescriptores de opinión, de hecho, no es ni mucho menos problemático que los sistemas democráticos (constitucionales, pluralistas) aburran al elector, pues el que sean previsibles y no deparen sorpresas debería considerarse una virtud. Sin embargo, la democracia es un régimen que, guste o no, necesita un pueblo que la arrope y se interese por lo que ocurre en ella. Pero es difícil que suscite adhesión cuando el ciudadano siente o percibe el mal funcionamiento del sistema, “la verdadera, pero no única, causa de la desafección política” (p. 24).

Dicho esto, Ortí Bordás dedica el resto del primer capítulo a ilustrar esa quiebra del sistema glosando la reciente crisis económica a partir del relato estándar del mismo, esto es, el que sitúa la causa de la misma en el afán de lucro de los bancos e inversores, la desregulación de los mercados financieros y la desidia de los políticos. A continuación, refiere el caso español y los factores que azusan la desafección en nuestro país, desde la desmovilización política que buscó la Transición hasta las redes clientelares erigidas por el carísimo régimen autonómico que hoy tenemos. Seguidamente, analiza la debacle del orden político presente, el socialdemócrata, que ha resultado el gran perjudicado por la desafección. Aunque sin pretensión de exactitud, Ortí Bordás recuerda que la socialdemocracia surgió tras la II Guerra

Mundial cuando los liberales incorporaron políticas públicas redistributivas y los socialistas asumieron la economía de libre mercado, la democracia y el parlamentarismo. Indirectamente, el socialismo venía a aceptar que la sociedad no prima sobre el individuo y que la política necesita tanto un individuo presente y activo —con autonomía personal pero socializado— como una sociedad capaz de cumplir sus fines desde el respeto a la libertad e independencia de la persona (p. 73). Pues bien, “la socialdemocracia sobre la que han llovido y todavía llueven las descalificaciones y la exigencia de responsabilidades políticas pertenece a una era periclitada. A un tiempo en el que la política tenía sentido, los relatos ideológicos poseían audiencia y disponían de seguidores, y los regímenes políticos aún conservaban la legitimidad intacta” (p. 75). Desde entonces, la socialdemocracia ha experimentado un continuo deterioro, al asociar su éxito e identidad al Estado del Bienestar, al terminar defendiendo sólo al que tiene trabajo, al luchar contra la riqueza y por su obsesión con las minorías y la extensión de derechos (pp. 78-79). Ha habido propuestas teóricas muy interesantes para reorientar el socialismo del siglo XXI, pero se quedaron en nada por la crisis económica y del sistema *in toto*. Y así se cierra el primer capítulo, resituando las consecuencias de la crisis dentro de una crisis más profunda, a saber, la de la representación política, que ha alumbrado el populismo, lo que Ortí Bordás ejemplifica con el caso de Podemos (pp. 109-113).

El desafecto, por tanto, no es un ciudadano contrario a sino uno desencantado y defraudado con la inoperatividad de un sistema —la democracia constitucional y representativa— que no sirve al pueblo sino sólo a sí mismo, con una partitocra-

cia que no mueve las energías de la gente ni aún voluntades. Este fenómeno, sin duda preocupante, tiene más de una conexión con eso que muchos denominan *posdemocracia*, esto es, con la sensación compartida que tiene el sujeto actual de estar viviendo en una ficción política, en una sociedad y un régimen que tiene apariencia formal de democracia, pero donde el pueblo no ejerce poder alguno y sí lo hacen, en cambio, las oligarquías. Una democracia aparente que dificulta o imposibilita la oposición, que carece de alternativa y que asiste al desplome de los partidos políticos (p. 164). A este estado de cosas dedica Ortí Bordás un segundo capítulo que parte más de lo social que de lo individual —al fin y al cabo, dirá, la sociedad donde crece el fenómeno posdemocrático es una “sin argumento, sin cohesión, sin proyecto y sin un nivel satisfactorio de democracia” (p. 134)— y cuyos puntos más interesantes, para quien firma, se encuentran en la enumeración de características de la posdemocracia (pp. 139-147) y en el repaso histórico de los tipos de partido político que darían pie a los liderazgos fuertes encumbrados por partidos cártel que pululan en nuestro escenario político actual (147-171).

Si la posdemocracia es *también* un fenómeno propio de la posmodernidad política —esto es, de una atención exclusiva al presente y lo particular en detrimento de la construcción de la prosperidad común— que viene tras el ocaso del proyecto *welfarista* posterior a la II Guerra Mundial, la antipolítica que ocupa el tercer capítulo del libro sería la consecuencia directa del desprestigio de los partidos políticos y, más en general, de la política misma, de la que hoy se espera poco más que protección para desarrollar un proyecto de realización personal, en sabia cita de

Innerarity (p. 182). A la hora de rastrear el vínculo entre la desafección y el rechazo de la política, Ortí Bordás apunta al abandono de sus obligaciones por las élites oligárquicas —las primeras que ejercen la antipolítica excluyendo al pueblo de las decisiones que les afectan (p. 185)— y a la deriva desdemocratizadora de la partitocracia, que ha convertido la política en algo muy complicado e inaprensible, que sólo cuenta con un consentimiento pasivo y rutinario y que ejerce una política sin ambición, reacia a generar cambio social, obsesionada por integrar y carente de espíritu de lucha (pp. 187-190).

Y así termina un libro cuyo valor, no obstante, resulta difícil de juzgar. No sólo por la desproporción entre capítulos (el primero suma más de 100 páginas, mientras que el tercero ocupa apenas 40). Tampoco por la ausencia de una conexión más clara entre los epígrafes de cada capítulo, que obligan al lector a formular sus propias hipótesis y, en ocasiones, deparan lo que Arturo Merayo llamaba “textos chorizo”, esto es, un amontonamiento excesivo de ideas en frases que parece que van colgándose una tras otra (como ocurre cuando Ortí Bordás comenta el populismo). Y menos aún por la relativa transversalidad de la posición política del propio autor, que en muchos pasajes del libro se ciñe a la versión “oficial” —entiéndase, socialdemócrata— de los hechos políticos al mismo tiempo que adereza dicho recuento con discretos matices de ortodoxia liberal y valores tradicionales. Todas estas críticas son debatibles. Al fin y al cabo, la diferencia de tamaño de los capítulos bien puede ser una opción de estilo justificable por la importancia de los temas; la abundancia de oraciones en ristra, un leve defecto que podría solventarse subdividiendo los epígrafes que las contienen; y la falta

de claridad ideológica es una opción legítima que hasta puede resultar virtuosa en un analista político. El problema es más de fondo que de forma, pues el libro no termina de ser un tratado de teoría política original ni tampoco una obra de investigación especializada. Es, sin más (ni menos), un ensayo de erudición con cierta pretensión de estilo, a medio camino entre Pierre Rosanvallon y Daniel Innerarity, de cuyas intuiciones y juegos de palabras bebe el autor sin disimulo. Un ensayo que, sin aportar ideas especialmente novedosas o argumentos elaborados con meticulosidad, recopila un buen conjunto de lecturas que no descubrirán casi nada al especialista pero, en cambio, sí aprovecharán al lector con interés en la política.

Aún así, la obra contiene varios logros intelectuales que es de justicia destacar, como la finura con que desgrana el significado de la posmodernidad política, la revisión de las formas históricas de los partidos políticos (de cuadros, de masas, *catch-all*, cártel) o la apelación a las clases medias de nuestro tiempo (no constituidas en torno a la propiedad sino al conocimiento y la formación) como actores llamados a ejercer algún tipo de acción ante la pérdida de la centralidad de la política clásica. De hecho, si algo se echa de menos en esta obra es, justamente, que Ortí Bordás haga valer su condición de *insider* de la política activa —desde principios de los 60 hasta mediados de los 90—, natural de la derecha, sí, pero con un viraje desde el tradicionalismo de su juventud hasta el centrismo de su madurez nada extraño en su generación sociológica y política. Lo que podría conseguir fácilmente explicitando mejor su concepción de la actividad política —mencionada de pasada en varias partes como un *hacer sumativo*, lo que podría conectarse con el

parecido que Platón estableció en la política con el arte de tejer— y también desarrollando con más extensión su rechazo de la democracia tutelada por la oligarquía y su apuesta por una “democracia de ciudadanos”, esto es, una democracia sustantiva, no meramente procedimental ni limitada (p. 201). Esta apuesta también aparecía en su anterior *Oligarquía y sumisión* (2013), cuando Ortí Bordás reclamaba una democracia que se esfuerza por realizar la voluntad soberana del pueblo, organiza con eficacia la representación, permite la participación y acaba con la desigualdad de trato entre el campo privado y el ámbito público.

Ahí reside la esperanza política del autor, en la aspiración a un espacio político auténtico, basado en la iniciativa, la espontaneidad y la participación. “O mucho nos equivocamos o los regímenes políticos del futuro terminarán por ser los de unas clases medias con formación bastante, activas, dinámicas, innovadoras, imaginativas y capaces tanto de liberar a la democracia del raptó al que la sometió la partitocracia y está prolongando la posdemocracia, como de purificarla, autentificarla e instalarla en la realidad más estricta” (p. 216). El tiempo dirá si es así.